

CARTAS FUSIONISTAS,



ESCRITAS

EN LOOR Y APOYO DE LA POLÍTICA GOBERNANTE,
Y DIRIGIDAS Á LOS BUENOS LIBERALES DE ESPAÑA Y SUS ISLAS POR UNA
SOCIEDAD DE ADMIRADORES DE LOS GRANDES PRINCIPIOS, LOS GRANDES
HOMBRES Y LAS GRANDES COSAS DE LA SITUACION.

CARTA-PROSPECTO.



LOS DOS OBJETOS.

Sr. D.....

Madrid 11 de Marzo de 1881.

MUY SEÑOR NUESTRO: ¿Llegará á figurar en el salon de conferencias del Congreso el retrato del Sr. Camacho? ¿Obtendrá del porvenir este homenaje artístico el ilustre restablecedor de los Consumos? ¿Quién sabe! La duda es legítima tratándose de un país en que, forzoso es decirlo, el olvido es una especie de vicio nacional. Veinticinco años lleva, lo ménos, el Sr. Camacho de vida pública, y ni un sólo día le ha vencido en ellos el deseo gárrulo de decir algo notable, tan comun en nuestras eminencias políticas de relumbron; veinticinco años, durante los cuales ha sabido imponerse el deber de acudir á su puesto de honor de la calle de Alcalá, cuando le han llamado, sin el vano alarde de las ideas propias, pero siempre dispuesto á nivelar los gastos y los ingresos del Estado, pasando para ello por encima de todas las dificultades. En 1874 lo hizo desentendiéndose, como era su deber, del clero y del cupon de la Deuda. En 1881 sabe Dios cómo lo hará; pero lo hará, sin duda alguna. Y no obstante: ¿hay quien se atreva á asegurar que los futuros españoles se acordarán del que es hoy una de las más modestas, pero de las más positivas glorias de nuestra gobernacion? Meditando sobre esa mala tendencia del carácter de nuestros conciudadanos, fácil aunque tristemente se comprende que si eso hacemos con lo bueno, con lo útil, con lo admirable, ¡qué no haremos con lo malo, con lo funesto, con lo execrable! Un mes hace apenas que hemos salido de la odiosa situacion conservadora. ¿Cuál era, á vista de pájaro, el estado que ofrecia en ella á los ojos del observador esta nacion, tan infortunada hasta el inmortal 8 de Febrero? La monarquía, comprometida por un exceso de respeto y de amor, que la aislaba por extrambótica prudencia de toda relacion cariñosa con la democracia, fingiendo no creer ni sospechar siquiera que la democracia española estaba pronta á ser ministerial de un ministerio de la monarquía. El orden público, guardado con un celo idólatra, sostenido sistemáticamente en la superficie material, digámoslo así, de la sociedad, cuando en el fondo de todos los descontentos, en las profundidades morales de todas las cesantías, de todas las postergaciones, de todas las necesidades por satisfacer, se agitaban verdaderos mares de angustia y de rencor. El pueblo, trabajando sin interrupcion y cobrando el producto creciente de su trabajo, porque una relativa prosperidad industrial, hija de la paz sepulcral de aquel estado de cosas, le obligaba á no acordarse de las vacaciones sin salario con que sus agitadores de oficio le brindan de vez en cuando, para que los haga ministros. Las clases conservadoras, pérfidamente encantadas con un régimen que parecia sacrificarlo todo á la jactancia de que España apareciese definitivamente como un país constituido, y viendo con criminal indiferencia que hombres como el marqués de Bedmar se hacian progresistas. Una oligarquía tenebrosa de banqueros propios y extraños, haciendo subir el valor de los fondos públicos y el crédito del Estado, con el fútil pretexto de que habiamos vuelto á ser nacionalidad solvente. El derecho, en general, aparentando ejercerse y respetarse en todas sus esferas de manifestacion, pero viendo siempre á su lado el deber limitador, como un guardia civil. Las autoridades, los ministros, los presidentes y secretarios de las Cámaras, los embajadores y algun que otro empleado por el estilo, paseándose por el centro de la doble hilera de coches del Retiro, como Pedro por su casa. Los facciosos americanos obligados á dejar la manigua, y con ella la esperanza de aplicar á Cuba la doctrina de Monroe, sin que el Gobierno español se hubiese dignado discutirla con ellos. Los absolutistas de la Península, ostensiblemente dispuestos á evitar ya por su parte la sangría que cada cuarto de siglo vienen recetando á la anémica madre comun. El Parlamento, abierto apenas diez de los doce meses del año, y celebrando sesiones hasta cuando alguna minoría reflexiva y digna se retiraba para volver. Seis años, en fin, de una capciosa libertad práctica que se daba aires de llevarnos, como por la mano, á conquistar un puesto de respeto entre las naciones que intervienen en los asuntos del mundo, pero que, en el fondo, sólo era el pretexto para que un político de fortuna, sin ninguna condicion de hombre de Estado, como asegura nuestro respetable órgano *El Siglo*, diese indefinidamente á España y al mundo el espectáculo irritante, inmoral é insoportable de dirigir á su manera lo que él mismo, por un capricho de la loca suerte, habia preparado, creado y hecho triunfar. Afortunadamente, la Providencia tiene siempre á su disposicion un gran surtido de vendas con que cegar y castigar á los ambiciosos; y el temerario proyecto último, la última locura del Gobierno Cánovas, aquella intempestiva intentona de arreglo de las amor-

En un 10 de Enero de 1883

tizables, aquel despótico deseo de imponer por de pronto al país contribuyente una economía de sesenta millones de pesetas, que nadie había pedido, dió como no podía ménos al traste con la situación calamitosa, y la nación entera, al ver salir de entre sus escombros el astro esplendoroso de la oscurecida Justicia, y á nosotros sacando la cabeza por detrás de su dorado disco, pudo exclamar, imitando al gran Napoleon: ¡Españoles, ese es el sol de la milicia nacional!

Y llegó nuestro advenimiento, y se escribió por sí misma la página más grande y más gloriosa de la España moderna, y el Gobierno de la libertad, la política de la libertad entraron en el poder por la puerta grande y á la luz del día, aunque la calumnia diga que, para lograrlo, se hicieron muchas entradas parciales por el postigo y al amor de la luna; y se consumó al fin el gran suceso, la gran revolución incruenta, el gran cataclismo manso y fecundo, el gran pronunciamiento, sin alteración del empedrado público. ¡Qué chasco tan merecido, y qué decepción tan justa para los que suponían que sólo representábamos en la esencia una situación de fuerza, una explotación colectiva de no sabemos qué amenazas ni qué terrores, una repetición histórica de los excesos liberalescos y monótonos, que siempre han venido á campar por su respeto sobre las ruinas de dignidades augustas, y siempre se han llevado entre sus torpes manos mucha parte del prestigio y hasta del decoro de lo que no han sabido ni obedecer, ni honrar, ni defender! ¡Insensatos! ¡Qué tenemos nosotros que ver con ese liberalismo, con aquel liberalismo, por ejemplo, que, á falta de mejores padres, nació en 1820 de las lóginas masónicas y de los cafés populacheros de su época? ¿No sabe todo el mundo que la masonería española de actualidad tiene por jefe y *Gran Oriente* á un hombre tan respetuoso y tan amante de todos los tradicionales intereses permanentes de la sociedad, como lo es el Sr. Romero Ortiz? ¿Qué tenemos nosotros que ver con aquel progresismo, que siempre se encargó de la felicidad pública con el concurso de la gente armada? ¿No sabe todo el mundo que somos *la Fusion*, es decir, el partido pacífico, experto, aleccionado, cauteloso, serio, inoculado, garantido, atemperado por los principios políticos de los elementos armónicos que en su seno se compensan? ¿No estaba en la conciencia universal, que desde el momento en que la *Fusion* se puso, digámoslo así, bajo el amparo de las doctrinas del general Concha, aquí no había nada que temer?

Por lo demás, nuestra obra de un mes, lo que de nuestra obra ha podido realizarse en el rápido espacio de treinta días, es el primer capítulo de la epopeya de gratitud que la Historia ha de redactar en nuestra alabanza. A no verlo, á no tocarlo, á no presenciarlo, ¿quién creería lo que hemos hecho en este cortísimo plazo, en este minuto de la eternidad? Hemos formado en primer lugar un Ministerio presidido por el ilustre Sagasta, por el gran hombre de Estado y de ciencia, que ya, es verdad, no es el doncel de negro bigote, cuya mocedad parlamentaria trascurrió pidiendo que se llevasen al Papa á Jerusalem, y estudiando bajo Olózaga la teoría de los obstáculos tradicionales; pero que es ya el político maduro, cuya barba gris puede anunciar su declinación corpórea, mas cuyas fuerzas intelectuales están intactas y vigorosas, hasta el punto de que le hemos visto con el Directorio metido, como quien dice, en el bolsillo, y conteniendo año tras año con su sola autoridad el Círculo constitucional en masa, que se desplomaba hácia la calle. Y á su lado está D. Venancio Gonzalez, encarnación, en el fondo y en la forma, del progresista de pura sangre, de esa pléyade, ya tan escasa como notable, de la cual ha salido también el nuevo alcalde de la córte, Sr. Abascal, cuyo proyectado empréstito de cien millones va á hacer de Madrid una Nínive occidental del mejor gusto, y el señor Iglesias, D. Bernardo, cuyas ponencias en el Consejo de Estado determinarán, de seguro, una revolución en la literatura oficial, como la que, con su órgano *La Iberia*, tiene ya determinada en la gramática del periodismo. Y tras de D. Venancio está, sin que nadie pueda extrañarlo, el marqués de la Vega de Armijo, el Riego paisano de nuestros días, y Alonso Martinez, cuyos instintos le llevarían, si su proverbial sensatez no los contuviera, no sólo al matrimonio civil que le piden los radicalismos, sino hasta al amor libre, que es para nuestra cultura el único amor compatible con la sagrada autonomía humana: y está Martinez Campos, decidido ahora á enterarse un poco de lo que es gobernar; y está Pavía, español viejo, que no consentirá que se haga en el extranjero un sólo barco para España, aunque sea de los que aquí no podemos ni sabemos construir; y está Albareda el simpático, el modesto, tan modesto que se contenta con una monarquía racionalista, y no pide más; y está, en fin, Leon y Castillo, el ministro tan inteligente como desgraciado, que se encuentra entre una plantilla de empleados suyos de 1874, respetada por los déspotas caídos, y el hambre veneranda de nuestros hermanos sin colocación; pero la buena estrella del joven Fernando le hará salir ileso de estos dos fuegos; de seguro.

Y con estos ministros, con este Gobierno, hemos acometido ya cosas y empresas que, sin exageración, harán hablar á las piedras. Hemos exaltado, enaltecido, sublimado increíblemente al Trono ante todo, como era nuestro deber, extractando desde luego en nuestros órganos la Constitución del Estado hasta el punto de dejarla reducida en sustancia á la doble facultad real de nombrar ministros y disolver Parlamentos; hemos domeñado desde el primer instante á la fiera terrible, á la democracia, dejándola comer y brindar libremente, enorgulleciéndonos de su ministerialismo, y despreciando, como se merecen, á los agoreros de oficio que, en lo tocante al apoyo de la democracia, nos emplazan para después de las elecciones de diputados y senadores. La reacción quiere mistificarnos con estas maquiavélicas observaciones. La reacción se engaña. El espíritu moderno no comprende ya otras monarquías que las apoyadas por el republicanismo generoso, como no comprende otras repúblicas que las sostenidas por los monárquicos resignados. ¿No es á este respecto un ideal la monarquía italiana, digan lo que digan los que creen que en Roma hay dos prisioneros en vez de uno? Pues á ese ideal quisiéramos nosotros acercarnos. Porque en el ambiente de esa benevolencia democrática, con tanto decoro ofrecida como aceptada, respira nuestro corazón un aura de vida, de fé y de esperanza, que nos hace estar tranquilos por el porvenir, sin acordarnos para nada de 1871. Hemos, á renglón seguido, declarado en una circular á los gobernadores, que el régimen cons-

titucional *con sus imperfecciones*, es decir, no precisamente á causa de sus imperfecciones, como algun purista presuntuoso ha entendido, sino á pesar de sus imperfecciones, es la razon escrita de nuestra edad. Frase que retumbará, sin duda, en los anales patrios. Hemos repuesto á los catedráticos que se picaron porque en 1875 se les rogó, impertinentemente, que puesto que les pagaba un Estado católico y monárquico, hiciesen el favor de no minar desde sus cátedras la religion y la forma de gobierno que el resto de sus conciudadanos prefiere. Hemos indultado á la prensa de la Península y de Ultramar, para que las cátedras de radicalismo tengan, como es justo, su complemento en letras de molde. Hemos prohibido los juegos de azar, sobre todo los españoles, porque los que llevan nombre extranjero están en cierto modo bajo el derecho internacional. Hemos declarado que el público puede verlo todo, absolutamente todo, en los teatros, tomándose la justicia por su mano cuando lo crea necesario, que es lo natural. Hemos prevenido á los fiscales de S. M. que no se metan con celoso ahinco más que en lo que verdaderamente afecte al cambio radical de política efectuado en las esferas del Gobierno. Hemos robustecido los centros directivos de Hacienda, creando otra direccion que las intervenga á todas, porque una cosa es el amor propio de las gentes, y otra cosa es el no fiarse excesivamente de nadie, cuando se trata de recaudacion. Hemos metido en cintura, es decir, en fila, á todos los coches del paseo, sin distincion de escarapelas. Hemos impuesto una multa al vehículo de un marqués, para probar á nuestra aliada igualitaria que lo mismo respetamos una carretela que un tramvía. Hemos asistido á la inauguracion y estreno de los *camiones* de Canterac, cosa que hasta aquí no habia hecho Gobierno alguno. Y en fin, ¿qué más? Hemos restablecido y vivificado el laboratorio químico-municipal de Madrid, cuya existencia no sospechaba el mundo científico.

Todo eso, y otras muchas cosas más, que no enumeramos para hacer posible el término de estos párrafos, hemos hecho en punto á principios. En punto á personas: ¿ha hecho nadie más que nosotros en ménos tiempo? Los trenes de cuarta clase, como la envidia conservadora llamó á nuestros amigos los forasteros que acudieron á Madrid tan luego como D. José Naranjo anunció en su manifiesto la formacion del nuevo Gobierno; aquellos consecuentes y entusiasmados liberales, cuyas capas del 68, cuyos gabanes del 74, cuyas sencillas y viriles maneras tanto han llamado la atencion de este vecindario, han vuelto, despues de saludar á Sagasta y de cerciorarse de la positividad del venturoso cambio, á sus pueblos, ó á sus suburbios, unos con sus nuevos gobernadores para aconsejarlos, guiarlos y, si es preciso, alimentarlos hasta que tomen, como se dice vulgarmente, el terreno y la primera paga; otros á sus comités, á los comités constitucionales puros, que la fusion no consideró necesario modificar, á esperar en ellos que D. Venancio designe candidatos; y otros, en fin, á sus casinos, á sus cafés, á esperar en ellos, jugando al patriota dominó, ó leyendo nuestros periódicos, la ansiada derogacion de la maldita ley reaccionaria sobre empleados, que no les ha permitido tomar desde luego la posicion oficial debida á sus méritos. Y entretanto, y simultáneamente, las eminencias del partido han ocupado ya sus altos puestos. Hemos enviado á Fernan-Núñez á París, para que se encargue de tener á raya á la Europa, sobre todo á la Europa oscurantista, cuya envidia no es difícil que quiera suscitar nos dificultades. Barca se encargará en Washington de que nuestro futuro camino para Filipinas, el canal de Panamá, sea pronto un hecho; y Almina volverá á llevar el espíritu de la jóven, libérrima España, á las libres cumbres de la Helvecia. Y al mismo tiempo, y mientras el académico Valera lleva en su baul á Lisboa los chirimbolos simbólicos de la presidencia inamovible del Estado, y mientras Groizard se impone á la corte pontificia, hemos realizado aquí reconciliaciones tan importantes y afectuosas como la del duque de la Torre con el antiguo jefe del ejército del Centro, general Jovellar, y supresiones tan trascendentales como la del adjetivo innecesario que los redactores del *Demócrata* pusieron una mañana al frente de su diario; hemos conseguido que Martos vaya personalmente á la Presidencia á dar gracias por un nombramiento que su situacion personal no le permite aceptar todavía, y que las escaleras del ministerio de Fomento se vean henchidas de autoridades científicas, de hace ocho años; que Salmeron vea asegurada su acta de Linares, y que el mismo Ruiz Zorrilla, si no llega á tener la suya, sea porque no quiera. Resultando, como no podia ménos de resultar de este criterio, de anchísima y saludable base, con respecto á la cuestion de personas, conseguido y logrado sábiamente el mismo fin insigne y salvador que nos guía en la cuestion de principios, es á saber: el enaltecimiento de la monarquía, tal como nosotros lo entendemos, y tal como lo entienden todos nuestros leales amigos, desde Arroyo, en las columnas del *Constitucional*, hasta Moreno Benitez y Ruiz Gomez, siendo alma y vida del primer Consejo del reino, despues del de ministros. Y si todavía se agita en nuestro seno algun descontento, más ó ménos ilustre; si todavía queda por realizar alguna reparacion personal de importancia, ¿quién duda que, sean las que sean, todas ellas se irán haciendo y consumando, como es justo? ¿Creen nuestros enemigos que hemos de dejar, verbi gracia, en su actual, desdeñoso aislamiento á D. Pelayo Cuesta, á un orador de su mérito, que, salvo los dias festivos de los últimos cinco años, bien puede asegurarse que habló en todos los demás en el Senado? ¿Habríamos de obligarle á pronunciar mañana en contra nuestra otros mil y un discursos, digámoslo así? ¿Puede creer nadie que no trataremos de aplacar oportunamente, y por cuantos medios sea preciso, el doloroso resentimiento á que se entrega en Coroní el inolvidable Candau, la silenciosa y temerosa espectacion de Navarro y Rodrigo, la legítima impaciencia militar de Lopez Dominguez, las no ménos justas aspiraciones valencianas de Salamanca, la asimismo respetable extrañeza de Nido, único centralista por satisfacer, y hasta la melancolía explicable de Angulo? ¿A quién se le ocurre imaginar que dejaremos, ingratamente, vagar como un verso suelto por las regiones de la poesía lemosina, al ilustre bardo y catalan Balaguer, cuyas últimas atrevidas afirmaciones sobre el estado y las creencias del espíritu público en España, nos dieron en la oposicion una fuerza, como se dice en el tecnicismo de la ciencia, de dos mil caballos? ¡Ah! no: la obra de la amistad, de la gratitud, del presupuesto equitativamente distribuido, no quedará tampoco incompleta en nuestras manos. Y si no, al tiempo.

Del bosquejo, rápido y sucinto, pero imparcial, que acabamos de hacer de los dos cuadros fundamentales de la política española, el cuadro sombrío y disolvente de lo que duró hasta ayer, y el cuadro risueño, creador, consolador y maravilloso de hoy, que ha de engendrar el de mañana, creemos que resultarán claros y patentes para V., Sr. D....., los dos objetos esenciales de estas pobres pero sinceras CARTAS, que nos permitimos recomendar á su indulgencia. Los pueblos experimentados y los partidos que se estiman, como los corazones enteros, no deben saber olvidar. Es necesario, es justo, es imprescindible, es vital que los españoles de la Península y sus colonias no olviden nunca lo que ha sido para sus más caros intereses el último, terrible lustro de dominación conservadora. Día por día, hora por hora, instante por instante, si es posible, debemos los buenos liberales avivar, excitar, sostener en la memoria de este país liberal, de este país monárquico, de este país religioso, de este país trabajador, la conciencia de lo que hubiera sido de él, si hubiera continuado aquella política presunciosa, que se creía un bálsamo para todas las heridas de la patria, sólo porque la patria no se quejaba al aplicárselo, y que sólo era un remedio empírico y deletéreo, digno de sus parlanchines. Nosotros, en nuestra humildad, en nuestra modesta esfera de acción, queremos contribuir, en primer término, á que aquella gran perturbación, aquella exasperante tiranía, aquella gran lección de desgracia, no se olvide. Y por otra parte también queremos ayudar á esta nueva situación redentora, al orden de cosas que ha venido á salvarlo todo, para que no olvide tampoco con sus glorias, sus memorias, para que siga con la misma valentía, con la misma sabiduría, con la misma gallardía con que ha empezado, el camino de flores, plácemes y contentamientos que se extiende ante sus pies. Por ventura: ¿estará de más el óbolo insignificante, pero leal y entusiasta, de nuestros aplausos y de nuestros consejos, en la obra de una política que como ha visto el mundo entero durante seis años, ha recibido gustosa á todo el mundo? No lo creemos. Falta mucho aún, y muy interesante, que emprender y que hacer, para que no necesitemos ir todos unidos y compactos como una verdadera milicia liberal, ya que no cívica, hácia el porvenir. Consideremos que hay que reunir las Cortes unas cuantas horas para que el artículo 85 de la Constitución no se ría de nosotros; que hay que disolver, el mismo día que se reúnan, esas Cortes, sobre las cuales hemos pasado como corcel sin freno, pero invencible; que hay que ir también disolviendo y sustituyendo, uno por uno, y, por supuesto, con la ley en la mano, nueve mil ayuntamientos y medio centenar de diputaciones provinciales, desde cuyos sombríos senos nos acecha la mano oculta de la reacción; que hay que pensar en dar luego al país soltura, tranquilidad, autoridades benéficas y empleados probos, de cuyos aunados esfuerzos resulte espontáneamente el futuro Parlamento nuestro, con su mayoría modelo, y su minoría numerosa y sensata, capitaneada, si el cuerpo electoral lo exige, por el ilustre Sr. Pí y Margall: que hay que suprimir el Consejo de Instrucción pública, que ni da consejos aceptables, ni instruye, ni hace nada que nos guste; que hay que desagraviar la magistratura, como oportunamente empieza á pedir nuestro amigo *El Imparcial*; que hay que pensar seriamente en el Jurado, en la verdadera justicia progresista; que hay que suprimir todos los portazgos, y si es preciso, todas las puertas tras de las cuales pueda abrigarse algo sospechoso: que hay que portarnos en los valles de Andorra como conviene á una gran nación y al gran partido, lleno de guerreros y de antirruletistas, que la manda; que hay que construir el puente de Logroño para que ningún otro Gobierno conservador se venga, con otra catástrofe, de la feliz ciudad donde rodó la cuna del primer liberal del siglo XIX; que hay, en fin, á toda costa y sin descanso, que echar las bases de este alto edificio, construyéndolo con mezcla de granito y diamante, para que las palabras *Eternidad* y *Fusión* lleguen á ser, como deben serlo, sinónimas, para que los seis años de Cánovas, único precedente bueno y digno de aplicarse, que nos ha dejado ese hombre sin alma, sean un cuarto de hora relativo en el trascurso de nuestra duración. No olvidemos, además, que lo que mucho vale, mucho cuesta; que estando, como estaba, el consolidado en 1874 á 12, y habiéndolo recibido nosotros en 1881 á más de 22, los pícaros conservadores deducen que la fortuna pública aumentó en sus manos algo parecido á cuatro mil millones de reales; mientras que, por el contrario, habiendo bajado desde el 7 al 12 del gran Febrero más de uno por ciento, la crisis, nuestra crisis, nuestra victoria, ha costado al país algo muy semejante á ochocientos millones de reales, por sólo este concepto. Suponemos que estas cuentas conservadoras, por el mero hecho de serlo, serán absurdas; pero en todo caso, un deber de patriotismo nos aconseja no abusar así del dinero del país, no volver á pedir, preparar, ni producir crisis alguna, en lo que resta de siglo, por lo menos.

Estos son, Sr. D....., los orígenes, propósitos y buenos deseos de que nacen y en que se van á inspirar nuestras CARTAS. Si, como suponemos, es V. un hombre justo, es decir, es V. fusionista de corazón, esperamos tranquilos que será V. suscriptor nuestro. Por lo que le dan anticipadamente las gracias sus atentos seguros servidores, Q. B. S. M.

Por la Sociedad,
JUAN SANCHEZ.



CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

Las CARTAS FUSIONISTAS se publicarán los jueves y domingos de cada semana, desde el día 20 de Marzo actual.

Precio de suscripción: ocho reales al mes en Madrid, diez en provincias y veinte en Ultramar y el extranjero. Número suelto, un real.

Se suscribe en la Administración de las CARTAS, calle de Fuencarral, 39, 3.º derecha; en la imprenta de D. Manuel G. Hernandez, Libertad, 16, bajo; en la librería de D. Fernando Fé, Carrera de San Jerónimo, 2, y en las principales librerías de España.